

De piedras y de hombres

Rodrigo Martínez

George Kubler: *Arquitectura mexicana del siglo XVI*. México, Fondo de Cultura Económica, 1983, 683 pp.

Arquitectura mexicana del siglo XVI de George Kubler originalmente publicado en 1948 y que hoy podemos leer traducido al español¹, sigue siendo el análisis de conjunto más rico y riguroso sobre los edificios religiosos y civiles construidos en México durante el siglo de la conquista.

"El presente trabajo no es el primero de su especie —advierte Kubler en el prólogo—; tiene como base las amplias investigaciones realizadas primero por Manuel Toussaint y más tarde por Robert Ricard" (p. 11).

Desde 1927, en su ensayo sobre "La arquitectura religiosa en la Nueva España durante el siglo XVI"² Manuel Toussaint había presentado una primera aproximación de conjunto sobre el tema. Aunque Toussaint concedió mayor importancia al barroco en la afirmación de una estética propiamente mexicana, en obras posteriores amplió y precisó su concepción del arte y de la arquitectura del siglo XVI, que dividió en dos periodos: "la Edad Media en México" (1519-1550) y "el Renacimiento en México" (1550-1630). En estos primeros tiempos "aún muy españoles", "no sólo la mano de obra, sino el propio espíritu indígena ha podido sobrevivir" en la escultura (cruces de atrio, pilas bautismales, púlpitos)³.

Robert Ricard, en su fundamental obra de 1933 sobre *La conquista espiritual de México*⁴, estudió "el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en

la Nueva España de 1523-4 a 1572" y dedicó un capítulo de su libro a "la influencia que pudieron ejercer en la arquitectura religiosa las condiciones misioneras"⁵. Siguiendo en muchos aspectos las descripciones y los datos de Toussaint⁶, Ricard estudia la fundación de pueblos y la disposición y dimensiones de los conjuntos conventuales como consecuencia de las circunstancias específicas de la evangelización. Las construcciones religiosas del siglo XVI forman parte de esa *iglesia visible* necesaria para "poner en la disposición de los infieles los medios normales para su conversión"⁷.

Kubler precisa su aportación: *Arquitectura mexicana del siglo XVI* se distingue de los estudios precedentes por "el esfuerzo por relacionar la demografía, el urbanismo y la historia de las instituciones con un análisis de los monumentos. El estudio de éstos, por su parte, difiere de otros intentos en su búsqueda de una cronología exacta y en el esfuerzo por generalizar sobre los significados culturales de estas secuencias cronológicas" (p. 11).

George Kubler era y es, en lo fundamental, un historiador del arte. Henri Focillon, "maestro maravilloso" de Kubler, definió que la historia del arte debe estudiar "las relaciones, diversas según los tiempos y los lugares, que se establecen entre los hechos, las ideas y las formas. Estas últimas no pueden considerarse como un simple adorno. Participan en la actividad histórica cuya curva proporcionan y contribuyeron poderosamente a dibujar"⁸. Con Manuel Toussaint, uno de sus amigos mexicanos, Kubler creía que los estilos históricos deben ponerse en relación con "la diversi-

dad del movimiento social al cual pertenecen precisamente estos estilos"⁹. Debe, pues, conjugarse el análisis estético con el análisis histórico. El libro de Kubler ilumina tanto la estética como la historia, y el problema de su interrelación.

Kubler delimita de manera precisa su objeto de estudio, la arquitectura mexicana del siglo XVI, y estudia de manera sistemática tanto lo que fue como las condiciones históricas que lo hicieron ser lo que fue. El concepto de "estilo", como muchos otros conceptos históricos abstractos, delimita de manera demasiado imprecisa la evolución de las obras de arte. Kubler opta por una aproximación "fenomenológica" a las obras, que dispone en secuencias cronológicas. La "historia de las cosas"¹⁰ resultante, aunque mantiene relaciones problemáticas con la historia "global", configura una "forma del tiempo" sin duda importante para aprehender los otros tiempos, más accidentados, de los hombres que fabricaron esas cosas. Se plantea, entonces, el problema de los tiempos en la historia, que interesaba en la misma época a Fernand Braudel¹¹, y se configura una especie de "historia serial" de las secuencias culturales.

En la introducción (dedicada a los frailes mendicantes) y los cuatro primeros capítulos (problemas demográficos; urbanismo; diseño y supervisión; trabajo, materiales y técnicas), Kubler estudia "el proceso social, los recursos humanos y las formas colectivas de producción arquitectónica". En los últimos cuatro capítulos, examina la arquitectura civil, los templos de una nave, los demás tipos de arquitectura religiosa y la pintura y la escultura

(relacionados con la arquitectura). La magistral conclusión retoma todo el proceso, y culmina con una caracterización del "estilo arquitectónico del siglo XVI", resultado, no propuesto, de la investigación histórica.

Como Kubler en su libro, centraré la reseña en la evolución de la arquitectura religiosa. Kubler destaca en primer lugar la magnitud de la empresa constructiva de los frailes que "rebaso con mucho el volumen de las construcciones de los aztecas a lo largo de su historia (1250-1520)" (p. 527). La época de mayor actividad constructiva se ubica entre las epidemias de 1545 y las de 1576. La sucesión de las formas arquitectónicas está dominada primero por las estructuras de tres naves con techos de vigas (1526-1540), por las estructuras abiertas y las capillas abiertas (1535-1575), por los grandes templos de una nave (1545-1590), y finalmente por los templos de tres naves con arcadas y las catedrales (a partir de 1560). Por su mayor importancia cuantitativa y por su relevancia y originalidad estéticas, Kubler centra su atención sobre las capillas y estructuras abiertas y los templos de una nave.

El problema de la magnitud y de la evolución cuantitativa de la empresa constructiva llevó a Kubler a uno de los primeros cálculos globales del derrumbe de la población indígena durante el siglo XVI¹². El primer capítulo de *Arquitectura mexicana del siglo XVI* sobre "problemas demográficos", relaciona la cantidad y tipo de la mano de obra, la distancia de la capital, la orden religiosa y la magnitud de la empre-

sa productiva. Como Lesley Byrd Simpson, Sherburne Cook y Woodrow Borah,¹³ de la "escuela de Berkeley", Kubler enfatiza la gravedad y las consecuencias de las epidemias, en particular la de 1576, después de la cual disminuye el ritmo de las construcciones (algunas de las cuales son abandonadas) por falta de fieles y de trabajadores. A diferencia de Simpson, Cook y Borah, sin embargo, Kubler calcula una recuperación de la población indígena entre las grandes epidemias de 1545 y de 1576, que coincide con el periodo de actividad constructiva más intenso. Esta cuestión, como la de las proporciones de la catástrofe demográfica, sigue siendo objeto de discusiones entre los historiadores¹⁴.

Pero el análisis de Kubler es más cualitativo que cuantitativo. Kubler describe un proceso fundamental: entre las décadas de 1540 y 1570 un gran número de indios había asimilado las técnicas constructivas europeas, dando así esplendor a las capillas abiertas y a los templos de una nave. Se plantea entonces el problema del aprendizaje por el pueblo conquistado de las técnicas, creencias y formas de vida del pueblo conquistador. Si se considera a la historia de la arquitectura como "índice fidedigno del proceso de transculturación del siglo XVI", se puede tener idea de la enorme capacidad productiva que pudo ser aprovechada por los frailes en el segundo tercio del siglo XVI, y, en condiciones diferentes, por la minería y otras actividades españolas.

Escribe Kubler sobre los indios mexicanos: "Que su capacidad pro-

ductiva total aumentó durante el siglo XVI no puede ponerse en duda, a pesar de las pérdidas numéricas que ocasionaron las enfermedades epidémicas" (p. 528). Aumentó sin duda el "superávit cultural", aunque pueda ponerse en duda que, a pesar de la tremenda despoblación, haya podido aumentar la capacidad *global* de producción de la población indígena.

En su tratamiento de la presencia de los frailes mendicantes en la historia mexicana del siglo XVI, Kubler advierte el predominio de las ideas humanistas de la Prerreforma en la primera mitad del siglo, y el predominio del ideario de la Contrarreforma en la segunda mitad. Los templos de tres naves con arcadas y las catedrales, imitaciones de los modelos peninsulares, responden a este nuevo ambiente espiritual. Hacia mediados de siglo, durante la crisis de los órdenes mendicantes, "éstos contaban con dos tipos de miembros: los viejos religiosos que habían tomado parte en las primeras campañas de evangelización, y los jóvenes inexpertos que provenían de diferentes partes de Europa donde las ideas de Erasmo, Moro y el humanismo de la Prerreforma estaban ya desacreditados" (p. 533). Se presenta, sin embargo, un interesante desfase entre la afirmación de la actividad evangelizadora y su materialización en la arquitectura; "El clímax de la evangelización mendicante (la década de 1540) no fue un periodo de gran actividad constructiva; los grandes monumentos posteriores a 1550 corresponden a la decadencia del poder de los frailes" (p. 533). En pleno dominio del

espíritu de la Contrarreforma, se afirmó en la simplicidad de los templos de una nave —creación, como la capilla abierta, específicamente mexicana—, el ideal humanista del cristianismo primitivo. Esta canalización de fuerza de trabajo especializada fue posible gracias a los primeros evangelizadores que supieron garantizar “la continuidad entre las necesidades indígenas pre y post-cortesianas de las formas ceremoniales del culto y la organización ceremonial del trabajo” (p. 538).

En este orden de ideas, resulta de gran importancia el análisis que hace Kubler, siguiendo a Ricard, del papel del clero regular en la organización comunitaria de los pueblos. El aparato teocrático militar prehispánico había sido destruido. “El macehual de los campos de Oaxaca o Veracruz dejó de recibir consejo en relación con los tiempos favorables para la agricultura, la caza o la pesca. (. . .) El indio, acostumbrado a este tipo de dirección material y espiritual, tal vez bajo condiciones más drásticas, identificó rápidamente al misionero con su sacerdote, empleando el mismo término para referirse a ambos, *teopixqui*” (p. 530). Son fundamentales los comentarios que hace Kubler, en los capítulos sobre la población y la organización del trabajo, sobre el “desempleo espiritual” que embargó a los indios después de la conquista. Kubler entiende la voluntaria y decidida participación de los indios en las empresas constructivas de los frailes como una “actividad sustitutiva”, que adquirió especial relevancia por el alto grado de desarrollo de las actividades excedentarias de

las civilizaciones prehispánicas¹⁵ y por las innovaciones introducidas por los españoles.

Los frailes supieron captar y potenciar este excedente, estableciéndose durante un periodo una peculiar relación entre indios y frailes, que Kubler concibe como la colonización idealmente buena¹⁶, y que define los rasgos fundamentales del “estilo arquitectónico del siglo XVI”: “formas eminentemente europeas, sujeta a una organización que no es ni europea, ni indígena, sino colonial” (p. 537). Explica Kubler: “Esta es la evidencia de la continuidad en la configuración funcional de las prácticas del culto en México, antes y después de la conquista. La continuidad misma proporciona a estas construcciones gran parte de su asombroso atractivo, el cual invoca una explicación estética respecto a la propiedad o idoneidad de una arquitectura con los patrones que gobiernan su cultura. Así, el sistema de atrio y capilla abierta es testimonio de un amplio y generoso concepto del espacio. Es generoso y tolerante con respecto a los conceptos indígenas del espacio, y resonante con los ecos de las antiguas cadencias del ritual cristiano como del indígena” (p. 538).

No se haría plena justicia al valor de *Arquitectura mexicana del siglo XVI* si se dejara de mencionar el “Apéndice” en el que se proporcionan las “referencias documentales esenciales para fechar los edificios mendicantes”. El apéndice, junto con el índice analítico hacen del libro de Kubler una obra de referencia sobre las fundaciones y las circunstancias de su primera historia.

Arquitectura mexicana del siglo XVI puede ser leído por el historiador (en orden o de manera utilitaria, ya que cada capítulo constituye un tratamiento completo de su tema) o por el amigo de los “paseos coloniales” que encontrará rápidamente los datos fundamentales sobre los momentos existentes, inexistentes o en vías de extinción. En el “Apéndice”, Kubler, con cierto orgullo, marcó con un asterisco los sitios que visitó con su mujer durante un día, en compañía muchas veces del joven Charles Gibson¹⁷, John McAndrew¹⁸ y Manuel Toussaint, quien había recomendado “recorrer todo un día el monumento ambicionado, husmeando sus menores detalles. (. . .) Entonces hacemos el estudio de conjunto, la apreciación del estilo, la síntesis. Y a este deliciosamente fatigoso trabajo, sigue más tarde la investigación histórica”¹⁹.

Las ilustraciones (fotos, planos, grabados y pinturas), aunque pobremente reproducidas, apoyan bien el texto, contribuyen a hacer de *Arquitectura mexicana del siglo XVI* una invitación a concebir la historia de México en sus dimensiones más materiales, espaciales y concretas.

1) Primera edición: *Mexican Architecture in the Sixteenth Century*, New Haven, Yale University Press, 1948, 2 vol. La edición mexicana fue fruto de una colaboración interinstitucional entre la Dirección de Arquitectura y Conservación del Patrimonio Artístico del Instituto Nacional de Bellas Artes, y el Fondo de Cul-

- tura Económica. El índice de la edición original incluye los títulos de los incisos de cada capítulo. En ningún lugar aparecen éstos en la edición mexicana, lo cual dificulta su lectura y aprovechamiento.
- 2) Manuel Toussaint, "La arquitectura religiosa en la Nueva España durante el siglo XVI", en *Iglesias de México, 1525-1925*, vol. VI, México, Secretaría de Hacienda, 1927.
- 3) Manuel Toussaint, *Arte colonial en México*, México, Imprenta Universitaria, 1948 (en realidad 1950), "El arte de la Nueva España", en *México en la Cultura*, México, Secretaría de Educación Pública, 1946.
- 4) Robert Ricard, *La "Conquête spirituelle" du Mexique*, Paris, Institut d'Ethnologie, 1933. Angel María Garibay K. tradujo y anotó la edición mexicana: *La conquista espiritual de México*, México, Jus-Polis, 1947. Próxima nueva edición en el Fondo de Cultura Económica.
- 5) Ricard, *La conquista espiritual...*, *cit.*, pp. 307-327; ver también pp. 265-294.
- 6) Toussaint, "La arquitectura religiosa. . .", *cit.*: *Oaxaca*, México, Cultura, 1927; reedición: *Oaxaca y Taxco. Guía de emociones*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- 7) Ricard, *La conquista espiritual...*, *cit.*, pp. 28-29.
- 8) Henri Focillon, *Art d'Occident*, Paris, Armand Colin, 1938; cito de la edición en dos volúmenes de 1965. t. I., p. 7.
- 9) Toussaint, *Arte colonial en México*, *cit.*; *La catedral de México*, en *Iglesias de México*, vol. II, México, Secretaría de Hacienda, 1924.
- 10) Kubler, *The Shape of Time. Remarks on the History of Things*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1962.
- 11) Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, segunda edición en español, 1976. La tesis fue presentada en 1947 y publicada en francés en 1949 (Paris, Armand Colin).
- 12) Kubler, "Population Movements in México", *Hispanic American Historical Review*, XXII, 1942.
- 13) Sherburne F. Cook y Lesley B. Simpson, *The population of Central México in the Sixteenth Century*, Berkeley, University of California, 1948. Woodrow Borah, *El siglo de la depresión en Nueva España*, México, Era, 1982; la primera edición en inglés es de 1951.
- 14) Angel Rosenblat (*La población de América en 1492. Viejos y nuevos cálculos*, México, El Colegio de México, 1967, p. 70) coincide con Kubler y crítica a Cook y Borah.
- 15) Debe hacerse una apreciación de conjunto de la importantísima obra de Kubler sobre las civilizaciones americanas prehispánicas. Ver sobre todo: "The Cycle of Life and Death in Metropolitan Aztec Sculpture", *The Gazette des Beaux-Arts*, New York, 1943; *The Tovar Calendar*, New Haven, 1951 (en colaboración con Charles Gibson); *The Art and Architecture of Ancient America. The Mexican Maya and Andean Peoples*, Harmondsworth, Penguin Books, 1962; segunda edición corregida en 1975; *Studies in the Iconography of Classic Maya Art*, New Haven, 1969. Kubler estudia la adaptación indígena a la conquista en "The Quechua in the Colonial World", *Handbook of South American Indians*, II, Washington, D.C., 1946.
- 16) Kubler cita a Malinowski (*The Dynamics of Culture Change. An Inquiry into Race Relations in Africa*, New Haven, 1945): "¿Podemos asegurar que llegarán a ser sus propios amos y que sus convicciones religiosas les conferirán la plena dignidad de hombres cristianos y civilizados que esta religión implica? Si la respuesta es afirmativa, entonces y sólo entonces tendremos derecho a imponer nuestra civilización con sus postulados técnicos, políticos y religiosos" (p. 61). Al respecto, es interesante la discusión que el padre Garibay entabla con Ricard (*La conquista espiritual...*, *cit.*, pp. 289-293).
- 17) Charles Gibson retomó la línea de investigación definida por Kubler. Véase, por ejemplo, *Tlaxcala in the Sixteenth Century*, New Haven, Yale University Press, 1952: "este estudio exa-

mina el impacto de las divergentes prácticas coloniales sobre un grupo particular de indios mexicanos. La respuesta indígena era a veces positiva, a veces negativa, entusiasta y apática (. . .) El análisis y periodización de estos acontecimientos, con especial atención en el detalle y la cronología precisa, son los propósitos del libro" (p. ix). Y: "El hecho

central y dominante en la Tlaxcala del siglo XVI es la supervivencia física de sus habitantes nativos. Su presencia confiere un carácter casi etnológico al análisis histórico" (p. 190).

18) Debe destacarse en la producción de John McAndrew: "Tecali, Zacatlán, and the Renacimiento purista in México", (en colabo-

ración con Manuel Toussaint), *The Art Bulletin*, XXIV, 4, 1942; *The Open-Air Churches of Sixteenth-Century México, Atrios, Posas, Open Chapels, and other Studies*, Cambridge, Harvard University Press, 1965.

19) Manuel Toussaint, *Paseos coloniales*, México, Imprenta Universitaria, 1939.

El ejército y la política

Esteban Sánchez de Tagle

Christon I. Archer, *El ejército en el México borbónico 1760-1810*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, 413 pp.

En 1762, con la Guerra de los Siete Años, Europa obliga al decadente imperio español a ampliar el escenario militar hasta las cada vez menos remotas posesiones americanas. Algunas ciudades coloniales, como Manila y la Habana, habían sido tomadas por los ingleses. Con la Paz de París, España pierde además sus viejas pretensiones de dominio en Italia. Al abandonar esta vieja y costosa lucha, se ve obligada a replegarse en sí misma. Debilitada, no puede contener por más tiempo, la avidez con que sus enemigos veían el crecimiento de sus

posesiones ultramarinas.

Más y más los europeos violan el cerco con que España había mantenido ocultos sus dominios americanos; su geografía, sus riquezas, su historia, comienzan a salir del misterio. Nuevas colonias europeas en América, las expediciones científicas, el contrabando, las negociaciones diplomáticas, minaron la exclusividad española en América. Por otro lado, el desarrollo alcanzado por las colonias brillaban ya con luz propia. Había pues que prepararse para la guerra en América.

Con el arribo de los ejércitos españoles a Nueva España y la consigna de la formación de una fuerza militar colonial, hasta entonces inexistente, da comienzo la historia que nos relata Christon I. Archer. Como veremos, lejos de ser solamen-

te el análisis de la formación de un ejército más, se trata de la irrupción de una institución cuya jerarquía, jurisdicción y peculiar organización, vino a transformar el sistema político colonial.

Es bien conocido el hecho de que el surgimiento de los estados nacionales europeos en el siglo XVI fue acompañado por una obsesiva sed de recursos, lo que les exigía una energía renovada y una vitalidad siempre alerta. Esta urgencia, despertó una ambición que rompió los confines de la tierra para volverla inmensa y redonda. La historia que se escribió entonces y por mucho tiempo más, dedicó sus capítulos centrales al relato de esta épica y a la exaltación de sus héroes. Por ello, participar en las batallas era la puerta de acceso al prestigio y a la pro-